

DÉCIMO SEXTO DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

Hay una etapa en la recuperación en la que empezamos a reconocer que la sobriedad y la transformación no siempre son lo mismo. Los comportamientos externos pueden cambiar, antes de que el corazón se renueve por completo. Experimentamos periodos de victoria junto con momentos de tentación. Descubrimos una nueva libertad mientras también tomamos conciencia de patrones más profundos que aún necesitan sanación. En lugar de desanimarnos, este creciente conocimiento se convierte en un elemento de la obra de Dios de transformarnos desde el interior.

Por medio de la parábola del trigo y la cizaña (Mateo 13:24-30), el Evangelio de este domingo se relaciona directamente con esa realidad. Jesús describe un campo donde se ha sembrado buena semilla, pero durante la noche un enemigo siembra cizaña entre el trigo. Cuando ambas empiezan a crecer, los trabajadores preguntan si deben arrancar la cizaña inmediatamente. El amo responde: “No. No sea que, al arrancar la cizaña, arranquen también el trigo. Dejen que crezcan juntos hasta el tiempo de la cosecha.”

Quienes buscan liberarse de la adicción sexual suelen entender bien este conflicto. Sinceramente anhelamos pureza, integridad y relaciones sanas, pero las viejas conductas no desaparecen de la noche a la mañana. La tentación puede surgir todavía. Formas de pensar distorsionadas pueden emerger. La culpa puede susurrarnos que, como la cizaña sigue existiendo, no ha habido un crecimiento real. Jesús ofrece una perspectiva diferente. La presencia de cizaña no significa que el trigo haya dejado de crecer.

La recuperación nos invita a dejar de medir nuestras vidas únicamente por la presencia o ausencia de tentaciones. En cambio, empezamos a poner atención a la dirección de nuestro corazón. ¿Tenemos una disposición más inmediata de buscar a Dios? ¿Más disposición a pedir ayuda? ¿Más honestidad sobre nuestras luchas? ¿Más comprometidos con vivir con integridad? Estos son los signos de que raíces sanas están creciendo bajo la superficie, incluso mientras Dios continúa con Su obra de purificación.

Este entendimiento nos protege de dos extremos peligrosos. Uno, es el desánimo, que nos hace creer que hemos fracasado porque la tentación permanece todavía. El otro, es la autosuficiencia, cuando asumimos que ya no necesitamos estar alertas, porque hemos experimentado progresos. La recuperación nos llama a rechazar ambos. Reconocemos que el crecimiento está ocurriendo mientras permanecemos lo suficientemente humildes como para reconocer nuestra necesidad continua de gracia.

Aquí es donde la sabiduría práctica en la recuperación se vuelve esencial. “Primero lo primero” nos recuerda que debemos proteger nuestra relación con Dios, antes que nada. “Tómalo con calma” fomenta la paciencia en lugar de exigir perfección instantánea. “Progreso no perfección” nos recuerda que la santificación se desarrolla con el tiempo. “Suéltalo y entrégaselo a Dios” nos ayuda a entregar resultados que no podemos controlar, mientras seguimos siendo responsables de las decisiones propias de hoy.

La segunda lectura nos brinda más aliento. San Pablo nos recuerda que el Espíritu Santo intercede por nosotros porque conoce cada corazón y sabe lo que ocurre en nuestro interior (Romanos 8:26-27). Dios ve tanto el trigo como la cizaña. Él conoce nuestro sincero deseo de santidad, incluso cuando nos cuesta verlo por nosotros mismos. Su misericordia nunca se basa solo en las apariencias, sino en su conocimiento completo de quiénes somos y en quién nos estamos convirtiendo.

Los Doce Pasos nos ayudan a cooperar con esta gracia. El inventario diario, las conversaciones honestas con un padrino, madrina o compañero de confianza, la oración, la responsabilidad y la confesión inmediata cuando sea necesario, ayudan a cultivar una tierra sana, mientras evitan que la cizaña se propague sin control. La recuperación se sostiene, no ocultando nuestras luchas, sino sacándolas a la luz antes de que tengan la oportunidad de echar raíces más profundas.

Con el tiempo, empieza a crecer un fruto genuino. Tenemos más honestidad, más paz y más capacidad para amar a los demás como personas, en lugar de como objetos. Nuestras relaciones se vuelven

más saludables porque ya no están impulsadas principalmente por el temor, la fantasía o la gratificación propia. Descubrimos que la castidad no es simplemente la ausencia de lujuria, sino la libertad de amar de manera correcta.

La parábola del trigo y la cizaña nos recuerda que Dios es paciente mientras nos va formando. Mientras seguimos en recuperación, se nos invita a permanecer vigilantes sin desanimarnos, a cooperar diario con la gracia y a confiar en que, Aquel que sembró buena semilla, completará fielmente Su obra.

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN

- ¿En qué momentos te sientes desanimado porque sigues experimentando la tentación en lugar de reconocer el crecimiento que Dios ya está produciendo?
- ¿Qué hábitos prácticos te ayudan a cultivar la “buena semilla” de honestidad, castidad e integridad en tu vida diaria?
- ¿Cómo te han ayudado la humildad, la responsabilidad y la gracia de Dios a responder a la tentación de forma diferente que al inicio de tu recuperación?

LECTURAS DOMINICALES

PRIMERA LECTURA Sabiduría 12:13, 16-19

SAL. RESP. Salmo 86:5-6, 9-10, 15-16

SEGUNDA LECTURA Romanos 8:26-27

EVANGELIO Mateo 13:24-43